

A los miembros de la Congregación de la Misión Mensajeros de paz

“Poniéndose de rodillas, el padre Vicente empezó esta oración: ¡Salvador de nuestras almas! Tú, por amor, quisiste morir por los hombres y dejaste en cierto modo tu gloria para dárnosla y, por este medio, hacernos como otros dioses, tan semejantes a ti como era posible. Imprime en nuestros corazones esa caridad, a fin de que algún día podamos ir a unirnos con esa hermosa Compañía de la Caridad que hay en el cielo. Tal es la súplica que te hago, Salvador de nuestras almas” (SV X, 474 / ES IX, 1027).

Queridos hermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

Que este tiempo de cuaresma sea un tiempo especial de gracia que nos ayude a reflexionar sobre y a profundizar en nuestro compromiso de seguir a Jesucristo, evangelizador y servidor de los pobres. Una de las ricas tradiciones para ayudarnos a vivir esa reflexión y continuar nuestro proceso personal de conversión es el examen de conciencia. Por eso quisiera hacer de la carta de esta cuaresma un examen de conciencia basado en diversos aspectos de nuestras vidas, comenzando por lo general y descendiendo a lo particular.

La Palabra de Dios (Hebreos 4,12-16)

¿Considero la Palabra de Dios como algo dinámico, como una parte importante de mi reflexión de cada día? Las lecturas diarias de la Eucaristía ¿me impulsan a desear cambiar mi vida? ¿Me ayudan a profundizar en mi compromiso de seguir a Jesús?

Oración y meditación (Oseas 2,16)

“Yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón”. Nuestro tiempo de oración privada y de meditación ¿es un tiempo de desierto, como son estos cuarenta días de cuaresma? ¿Lo veo como una oportunidad para profundizar en mi comunión con Dios? ¿Soy sensible a la presencia de Dios en el momento de la oración? ¿Dejo que Dios me hable al corazón? ¿Considero la oración privada como un lugar privilegiado, un espacio para discernir la dinámica de Dios en mi vida? En mi oración, ¿soy humilde ante Dios? ¿Me dirijo y

confío en Dios? ¿Dejo que la misericordia de Dios purifique mi corazón? (Parafraseando un comentario del obispo Oscar Romero, mártir de El Salvador: la oración personal es el proceso mediante el que Dios nos conduce a lo más profundo de nuestro ser, al centro de nuestros corazones y allí Dios nos habla del amor que nos tiene).

Los sacramentos, especialmente la Eucaristía (Juan 6,48-58) y la Reconciliación (Lucas 15,11-32)

Este año en el que celebramos de manera especial la Eucaristía, el Santo Padre, Juan Pablo II, nos invita a reflexionar sobre su significado en nuestras vidas y, por eso, las siguientes preguntas. ¿Participo activamente en la Eucaristía o me distraigo con frecuencia? ¿Escucho atentamente la Palabra de Dios durante la Eucaristía y dejo que la Palabra de Dios cuestione mi vida antes de acercarme al altar del Señor para recibir la comunión? ¿Abro mi corazón a la misericordia y al perdón del Señor? En la Eucaristía, ¿recibo al Señor con fervor? ¿Considero la Eucaristía como alimento para el camino? ¿Dejo que me alimente para así poder llevar a cabo mi misión? ¿Entiendo de verdad la Eucaristía como una celebración comunitaria? ¿Veó la Eucaristía como un lugar privilegiado de evangelización o se me ha convertido en un asunto de rutina, sin vida y tedioso?

Con relación a la Reconciliación, el texto de la Escritura es la parábola del padre lleno de amor (el hijo pródigo). ¿Cuándo fue la última vez que aproveché para recibir la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación? ¿Me preparo personalmente para este sacramento? ¿Mantengo escondidos a veces algunos de mis pecados más importantes? Cómo ministro de la misericordia de Dios ¿soy compasivo y comprensivo o a veces soy severo o, peor aún, indiferente al escuchar los pecados de los otros?

Las cinco virtudes características: humildad, sencillez, mansedumbre, mortificación y celo apostólico

Humildad (Lucas 18,9-14)

¿Reconozco mi dignidad como hijo de Dios, teniendo la humildad de reconocer los dones que Dios me ha dado y uso estos dones para su gloria o para mi vanidad personal? ¿Soy capaz de reconocer mis propios límites, mis debilidades, mis defectos, mis fallos delante de los otros? ¿Soy capaz de perdonar a los otros y pedir perdón por mis ofensas?

Sencillez (Lucas 18,15-17)

Mi corazón, ¿es solamente para Dios? ¿Soy transparente, sincero en mis relaciones con los otros? ¿Busco la verdad o, a veces, escondo la verdad para que no se conozca mi verdadera realidad?

Mansedumbre (Mateo 11,25-30)

¿Soy educado en mis relaciones con los otros o soy agresivo y ofensivo? ¿Soy fácilmente accesible o cierro la puerta de mi corazón a los demás? ¿Soy de verdad compasivo, capaz de sufrir con los otros?

Mortificación (Juan 12,24-28)

¿Estoy dispuesto a morir a mí mismo? ¿Estoy dispuesto, en ocasiones, a olvidarme de mis necesidades y a sacrificarme por los otros? ¿Actúo, a veces, en favor de los demás a regañadientes?

Celo apostólico (Mateo 5,13-16)

¿Soy entusiasta en mis trabajos apostólicos? ¿Inspiro esperanza en otros y para los otros? ¿Está mi acción regada por la contemplación o caigo en el activismo? ¿Muestro signos de estar quemado y de indiferencia en mis relaciones con los otros? ¿Veo de verdad a los pobres como mis “señores y maestros”, tratándoles con amor y con todo el debido respeto o caigo en la trampa de tratarles como objetos, como trampolín para “mi mayor honor y gloria”?

Vida apostólica (Lucas 4,18-19)

Somos miembros de una Sociedad de Vida Apostólica.

¿Considero mis actividades apostólicas y mi misión como parte de la gran empresa de promover el Reino de Dios, que es reino de justicia, paz, amor y reconciliación? ¿Soy fiel a los compromisos que he hecho en mi misión? ¿Me mantengo firme en estos compromisos o les vivo sólo con un corazón dividido? ¿Veo la evangelización y el servicio de los pobres como el centro de mi vida apostólica, aunque puede que no esté implicado directamente en el servicio de los pobres? ¿Alimento mi vida apostólica con la contemplación de las experiencias que tengo con los pobres? Los pobres, ¿me reflejan de verdad el rostro y el amor de Cristo? ¿Tengo verdadera pasión por Cristo y, a la vez, pasión por la humanidad, especialmente por los pobres?

Relación con la Iglesia local (1 Corintios 12,12-28a)

¿Me considero a mí mismo parte activa de la Iglesia local, un colaborador del obispo? ¿Coinciden nuestros proyectos apostólicos con los proyectos apostólicos de la Iglesia local en la que me encuentro o, a veces, mis actividades apostólicas y las de mi comunidad se llevan a cabo de un modo paralelo a las actividades de la iglesia local?

La Familia Vicenciana (Lucas 4,18-19 y 2 Corintios 5,14a)

¿Conozco a los miembros de las demás ramas de la Familia Vicenciana? ¿Me preocupo además por conocerles? ¿Animo a los miembros de mi comunidad a colaborar con las otras ramas de la Familia Vicenciana? ¿Reflexiono con seriedad en lo que dicen nuestras Constituciones, y también en lo que dicen otros documentos, sobre la colaboración con y sobre el conocimiento de la Familia Vicenciana? ¿Reflexiono de vez en cuando sobre las primeras llamadas que nos hizo el P. Maloney, viéndonos a nosotros mismos como Familia Vicenciana, como un gran ejército que puede utilizar sus fuerzas para hacer cosas estupendas por los pobres? ¿Reconozco la autonomía de cada una de las ramas de la Familia Vicenciana? ¿Tiendo a veces a pensar que mi rama es mejor que las demás? Dónde existen tensiones entre las diferentes ramas de la Familia, ¿me esfuerzo por trabajar en la reconciliación?

Relación con los jóvenes (Lucas 24,13-35)

La Familia Vicenciana ha puesto de relieve y hecho de este año para nosotros el “Año de la Juventud”. ¿Me esfuerzo por salir hacia los jóvenes, intentando comprenderles, escucharles, compartir con ellos mi fe, compartir con ellos mis esperanzas? ¿Me esfuerzo por invitar a los jóvenes a la vida de mi comunidad o estoy demasiado encerrado en hacer mis propias cosas y sin tener tiempo para dar, especialmente a los jóvenes?

La relación con el mundo (Mateo 5,1-12)

En la sociedad en la que vivimos y también en el servicio directo a los pobres ¿me esfuerzo por cambiar las estructuras, especialmente las estructuras injustas que oprimen a los pobres? ¿Permito que actitudes del mundo, como el nacionalismo, el racismo y otras discriminaciones influyan en mi modo de relacionarme con el pueblo de Dios? ¿Me muestro dispuesto a trabajar con otros grupos que luchan por la justicia y trabajan por la paz? ¿Creo que el poder decide lo que es justo o pienso de verdad que un aspecto esencial del estilo de vida evangélico es la no violencia? ¿Me considero un ciudadano del mundo, siendo esto más importante que el hecho de ser un ciudadano de un país concreto?

Los votos: estabilidad, castidad, pobreza y obediencia

Estabilidad (Mateo 7,21-29)

Mi vida, ¿refleja una fidelidad de por vida al carisma vicenciano en la Congregación de la Misión? ¿Me esfuerzo por profundizar en mi pertenencia a la Congregación de la Misión? ¿Me entrego todos

los días de mi vida a conseguir los fines de la Congregación de la Misión de seguir a Cristo, evangelizar de los pobres? ¿Promuevo un espíritu de diálogo y de amistad con mis hermanos de comunidad? ¿Estoy dispuesto a colaborar con otras personas comprometidas en el trabajo con los pobres? ¿Dedico tiempo a estudiar y a llegar a conocer las tradiciones de la Congregación?

Celibato (Lucas 10,25-28)

¿Veo el don del celibato como un modo especial de amar a los pobres? ¿Considero mi relación con Jesucristo como una relación íntima? ¿Considero que mis primeros y mejores amigos son los miembros de la comunidad? ¿Mantengo relaciones sanas con las mujeres? ¿Presumo, a veces, de mi propia fuerza, reflejando un sentido narcisista, un amor egoísta hacia mí mismo? ¿Soy honesto en mis relaciones con los demás o, yendo más allá, soy honesto en confesión con respecto a mi relación con los otros? ¿Siento la soledad como un enemigo en vez de considerarla como alguien de quien puedo ser amigo, para llegar a conocerme mejor y luego conocer al Dios que vive en lo profundo de mi ser?

Pobreza (Lucas 12,32-34)

¿Soy capaz de vivir despegado de mis bienes o mis bienes me poseen? ¿Me he acomodado tranquilamente en mi estilo de vida? ¿Es escandaloso mi estilo de vida para los pobres a quienes estoy llamado a dar testimonio y servir? ¿Comparto con los demás los bienes que tengo? ¿Soy generoso en lo que tengo que dar a los pobres, compartiéndolo con los pobres? ¿Conozco bien las enseñanzas de la Congregación con relación al voto de pobreza? ¿He acumulado riquezas personales sin que lo sepan los correspondientes superiores? ¿Considero que todos los bienes de la Congregación son patrimonio de los pobres? ¿He demostrado alguna vez falta de respeto hacia ese patrimonio?

Obediencia (Lucas 22,39-44)

Jesús, siempre obediente al Padre, es la fuente de inspiración de nuestra obediencia. ¿Considero que mi relación con Cristo es lo bastante íntima como para saber con claridad cuál es la voluntad de Dios sobre mí? ¿Dedico tiempo a escuchar a Dios cuando me habla en los diversos acontecimientos de mi vida diaria? ¿Estoy atento a los signos de los tiempos, sabiendo de verdad que Dios se revela a sí mismo en todos los sucesos que ocurren en el mundo en que vivimos? ¿Me preocupo de estudiar y de hacer un análisis social de la realidad que me rodea y un análisis del mundo en que vivimos? En el diálogo comunitario, ¿estoy abierto para poder llegar a discernir, unidos como hermanos, la voluntad de Dios sobre nosotros en nuestro servicio a los pobres? ¿Participo activamente en los proyectos y en la

planificación comunitarios y también en los encuentros y comunicaciones con los respectivos superiores? ¿Estoy dispuesto a sacrificar mis deseos personales por el bien de la misión y de las necesidades de los pobres, tras un proceso de discernimiento y de toma de decisiones, aunque mi opinión sea contraria a la de la autoridad correspondiente? ¿Estoy dispuesto a obedecer? ¿Me muestro dispuesto a obedecer en los destinos, cuando se me pide trasladarme de un lugar a otro? ¿Estoy disponible?

Conclusión

Este tiempo de cuaresma es un tiempo para abrirnos a la misericordia de Dios, pero, al mismo tiempo, para ser conscientes de nuestras limitaciones y propios pecados. Es verdad que pensamos y actuamos de maneras contrarias al evangelio. Todo aquel que dice que no tiene necesidad de conversión y que no tiene pecado, es un mentiroso, como San Juan dice claramente o, peor aún todavía, está ciego a su propia situación. El tiempo de cuaresma es un tiempo en el que Dios, en su misericordia, nos perdona a nosotros, sus hijos, por habernos extraviado de nuestra identidad de vicencianos. Esteos dispuestos a compartir con el Señor nuestros fallos y pecados y, al mismo tiempo, a agradecer la misericordia de Dios.

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.

Superior General